

12. domingo del T. Ordinario B/2015

Las lecturas de este domingo hablan de las dificultades de la vida. Muestran que las dificultades de la vida pueden surgir en el momento que la gente menos lo espera. Nos invitan a tener conciencia de que en medio de todas estas dificultades, Dios está siempre con nosotros y listo para rescatarnos.

La primera lectura recuerda la historia de Job, da la respuesta de Dios a su queja cuando fue abrumado con un incomprensible sufrimiento. Muestra, en particular, como Dios evoca el trabajo de la creación a fin de invitar a Job a callarse y reconocer su ignorancia sobre el misterio de la vida.

Lo que este texto nos enseña es que la vida es difícil; está llena de dolores y sufrimientos. Hay también la idea de que un misterio nos rodea a nosotros y a nuestra vida entera. La última idea está relacionada con la certeza de que independientemente de lo que sea nuestro sufrimiento, Dios nunca nos abandona. Está siempre con nosotros.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús calma el viento tempestuoso en el lago de Galilea. El Evangelio comienza mencionando a Jesús cruzando el lago con sus discípulos en una barca. Entonces, hace un informe sobre el incidente de la violenta tormenta que pasó y que estuvo a punto de hundir la barca. Después de esto, hace un informe sobre el pánico de los discípulos que temían por su vida cuando el barco era sacudido y el despertar de Jesús que dormía en la popa. El Evangelio termina con la reacción de Jesús que calmó el viento y el asombro de los discípulos al ver lo que pasó.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de las tormentas de la vida y la presencia continua de Jesús. De hecho, tenemos algunas experiencias de la vida. Sabemos que la vida es un viaje largo compuesto de altibajos, lluvias y nieve, calor y frío. Sabemos que la vida es agradable y hermosa, pero sabemos también que a veces se hace desagradable y difícil de llevar.

Sabemos por experiencia que las dificultades, las privaciones, las desgracias y los conflictos pueden cruzar nuestra vida en cualquier momento como si el barco de nuestra vida fuera sacudido por olas y viento. En tal momento, la gente se siente realmente abrumada al punto que tiene la impresión terrible de que Dios no sólo está dormido, pero está lejos de ellos, silencioso y hasta ausente.

En verdad, cuando las cosas van bien, todo lo demás está tranquilo y la vida misma es más que un placer. Pero, cuando los problemas ocurren el panorama entero de la vida cambia. En tales circunstancias, la gente hace preguntas como estas: ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué es así? ¿Por qué no interviene Dios y acaba con mi miseria? ¿Por qué no hace él algo para aliviar mi sufrimiento?

Tales preguntas son ciertamente legítimas cuando vienen de un corazón quebrado que trata de encontrar un sentido a lo que le pasa. Sin embargo, aunque legítimo, esas preguntas permanecen la mayor parte del tiempo sin respuesta. De hecho, cuando alguien sufre hay más preguntas que respuestas.

El hecho de que no hay ninguna respuesta directa a esas preguntas muestra que cuando tratamos con el sufrimiento, no tratamos con un problema, sino con un misterio. Un problema es algo fuera de mí, algo que puedo poner ante mí, estudiar, analizar y por el cual puedo encontrar una solución. Un misterio, al contrario, es algo que está más allá de

mí, escondido a mi entendimiento, cuya explicación no sé y que no puedo tratar del mismo modo como lo hago con un problema.

Nuestra fe nos enseña que Dios no puede prevenir el sufrimiento que nos sucede, pero él nos promete su ayuda de modo que no seamos aplastados por ellos. En verdad, el sufrimiento es parte de lo que significa ser un ser humano. Está escrito en nuestra biología, porque independientemente de lo que sea nuestra suerte para estar en buenas condiciones o la extensión de nuestra vida, un día tenemos que afrontar la realidad de que el morir es precedido por el sufrimiento.

Pero, independientemente del tipo de sufrimiento con el que nos enfrentemos, sea físico, mental o emocional, no estamos solos. Dios está siempre con nosotros, acompañándonos y compartiendo todo con nosotros. A veces, cuando sobrevivimos a una situación difícil, no es debido a nosotros, sino más bien porque Dios nos dio la fortaleza para lograrlo. Por eso, en lo peor del sufrimiento y enfermedad, algunas personas nos han dado un gran ejemplo de coraje, confianza y fidelidad a Dios hasta el último minuto de sus vidas.

Esta evocación clarifica por qué Jesús reprocha a los discípulos. De hecho, el sentido de su reproche significa que los discípulos han olvidado que estaba con ellos en esa tormenta. ¡Si algo malo les pasaba, Jesús tenía el poder de protegerlos! Y es exactamente lo que él hizo al calmar la tormenta.

Además, los discípulos tenían el recurrir a Jesús sólo cuando su situación se volvía desesperada. De hecho, Jesús no quiere que nosotros lo visitemos sólo cuando las cosas están terriblemente mal en nuestras vidas, sino en cualquier momento. Nuestra fe enseña que cualquier circunstancia de la vida, sea de alegría o tristeza, es una oportunidad para abrir nuestro corazón al Señor y volcarnos en oración. El problema, sin embargo, es que algunas personas piensan en Dios sólo cuando son víctimas de la desgracia y la mala suerte. Y cuando su situación mejora, vuelven a su rutina y se alejan nuevamente de Dios.

En esta perspectiva, lo que es necesario es una fe siempre fuerte y firme en Dios. Incluso si pasamos por noches oscuras en nuestra vida, tenemos que recordar que el Señor está siempre con nosotros, porque es su promesa que estará con nosotros hasta el final del mundo.

Hoy queremos orar por todos nuestros padres, vivos y muertos, ya que celebramos hoy el día del padre. Que Dios los bendiga y dé a los que luchan su fuerza de modo que lleguen a realizar correctamente su deber de educar a los niños. ¡Que Dios bendiga igualmente a todos los nuevos padres y a los que serán pronto padres! ¡Que les ayude a realizar su deber según la voluntad! Permítannos rezar también por los que nunca han tenido la posibilidad de conocer a sus padres y cuya memoria les entristece. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Job 38, 1. 8-11; 2 Corintios 5, 14-17; Marcos 4, 35-41



Fecha de la Homilía: el 21 de Junio 2015
© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20150621homilia.pdf